



Francisco Defilippis Novoa

He visto a Dios

Indice

Cuadro primero
Cuadro segundo
Cuadro tercero

Misterio moderno en tres cuadros

Personajes
Carmelo
Victorio
El Charlatán

Chicho
El vendedor de biblias
Gaetano
Zapiolita
Un muchacho
Nuncia
Una vecina
Voces

Cuadro primero

Un pequeño taller de relojería y venta de alhajas. Mostrador, escritorio pegado al mostrador. Una mampara divide la mesa de trabajo. Sobre el foro, y a un costado de la puerta, una vidriera. Escrito en el vidrio: "Taller de relojería y joyería EL VESUBIO, de Carmelo Salandra". Puerta de calle a foro. Calle excéntrica. Puerta interior a izquierda. Atiende el negocio Victorio, un obrero enclenque, enfermizo y de esos hombres serviles pero amargados y listos para cualquier traición. Por foro, una mujer del barrio.

VECINA: El despertador.

VICTORIO: ¡Ah!

VECINA: El despertador. Aquí está la boleta. Iba a estar para hoy.

VICTORIO: (Con la boleta en la mano.) Sí. (Busca.) No está.

VECINA: ¡Cómo no está! Hace tres días que me tiene de hoy para mañana. Mi marido lo necesita para levantarse a horario. Yo me duermo, cansada.

VICTORIO: (Con sorna.) ¡Cansada! Sí. ¡Se cansa de noche! (Ríe.) ¡No hay que cansarse!

VECINA: A usted qué le importa... (Ruborosa.) Vamos, muévase.

VICTORIO: Si yo foera so marido no la dejaba levantá... (Ríe.)

VECINA: No sea idiota, déme el reloj.

VICTORIO: No lo encuentro.

VECINA: Tan chiquito, como para no encontrarlo. Ese, vea...

VICTORIO: Le falta la cuerda.

VECINA: Avise. Pero ¿qué clase de relojería es esta? ¡Ya me habían dicho!

Llame al patrón. (Llamando.) ¡Don Carmelo!

VICTORIO: ¿Para qué grita? Aquí está el reló... el tacho... tome.

VECINA: ¿Y por qué no me lo daba?

VICTORIO: Pa conversá con osté.

VECINA: ¡No diga! ¿Y qué quiere de mí?

VICTORIO: Que me lleve como el despertadó.

VECINA: ¡Tan lindo! ¿Cuánto?

VICTORIO: Do peso.

VECINA: ¿Cuánto? Si vale cinco nuevo... ¡Dos pesos! Está loco.

VICTORIO: Dice aquí do pesos. Mire.

VECINA: (Arrebatándole el reloj.) Traiga. Uno y medio y gracias. Tome.

VICTORIO: Yo no puedo. Lo via a tenere que pagá yo.

VECINA: Y si quería hablar conmigo, ¿no valgo una rebajita?

VICTORIO: Osté vale todo...

CARMELO: (Por izquierda.) ¿Quién llamaba?

VECINA: Yo... pero ya me han atendido.

VICTORIO: (Aterrorizado ante el patrón.) Son do peso... me da uno y

medio...

VECINA: ¡No diga! Hasta luego... (Mutis.)

CARMELO: ¡Eh!... (Desatinado.) Si son do peso... ¿per qué le cobra uno y medio? ¿Pe qué? ¡Vaya! ¡Agárrela! ¡Segíla! Llame al vegetalente.

VICTORIO: Se fue. Decía... (Aterrado.) Ahora...

CARMELO: Córrala, he dicho. ¿Qué hace allí? ¡Maledetta sia! Cincuenta centavo. ¡La ganancia!

VICTORIO: ¿Llamo al vegetalente? Voy, pero uno vegetalente...

CARMELO: (Comprendiendo el peligro.) Quieto. (Le pega una trompada de revés.) ¡Eh!

VICTORIO: ¡Don Carmelo! ¡No me pegue!

CARMELO: ¡Vigliacco! ¡Eh! (Se contiene por no pegarle otra vez.) Ya pone lo postigo.

VICTORIO: ¡Pe cincuenta centavo! Le o comprado el reló de Purguita, per tres peso y vale cincoanta. ¡Eh! ¡¡Qué quiere!!

CARMELO: Baja la cortina. E hora de comé y tengo la comida al foego. (Victorio pone los postigos, rezongando. Carmelo guarda en la caja el uno y cincuenta, observa el reloj comprado por Victorio y no puede ocultar su satisfacción.)

VICTORIO: ¿Dejo la vidriera abierta? ¿Con la luce?

CARMELO: ¿Te has vuelto loco? ¿Con la mánega de chorro que hay n'el barrio? ¡Cerrá! (Victorio tira una ridícula cortina metálica y apaga la luz de la vidriera.) Senti.

VICTORIO: ¿Qué?

CARMELO: ¿E pe qué no le cambió la esfera a esto tacho? ¿Qué quiere, que lo póngamo en la vidriera así, para que lo reconozca el dueño?

VICTORIO: ¿E cuándo lo iba a cambiare?

CARMELO: Entonces no sa deja allí, a la vista del cliente. (Con violencia.) ¡Cerra la poerta! ¿Qué hace?

VICTORIO: Viene el Charlatano.

CARMELO: ¿E qué quiere?

VICTORIO: ¡Eh, no grite tanto! Aquí lo tiene. El negocio es para osté.

CARMELO: ¡Chist! Adelante, pasa, cerra la poerta.

CHARLATÁN: ¿Qué puerta?

CARMELO: La poerta de la calle. Cerre de una vez.

CHARLATÁN: ¡Eh! ¡Ni que uno fuera un ladrón!

CARMELO: Yo no te digo nada. ¿Qué quiere?

CHARLATÁN: Este anillo.

CARMELO: Basura.

CHARLATÁN: Este prendedor.

CARMELO: Basurita.

CHARLATÁN: Esta cadena.

CARMELO: Má basurita.

CHARLATÁN: ¿Cuánto dá?

CARMELO: Nada. La casa está cerrada.

CHARLATÁN: ¿Pa eso me hizo cerrar la puerta? Son las ocho de la noche, ¿dónde quiere que vaya a esta hora? Necesito vento.

CARMELO: Vaya a los jodío Kirchín, a donde lleva osté las cositas buenas; donde no lleva basuritas... Vaya allá.

CHARLATÁN: Los jodío Kirchin, como usted dice, es menos judío que usted. Es

más cristiano que usted.

CARMELO: No puede ser; ¿un jodido cristiano? (Riendo.) ¿Qué te parece, Vettorio? ¡Má cristiano que yo!... E vaya allá, basurita no quiero.

CHARLATÁN: Y bueno, me voy, qué tanto asparto. (Recoge las alhajas y marca mutis.)

VICTORIO: No lo deje ir; pe tre peso se lo da.

CARMELO: Cállese la boca; non sa meta. (A Charlatán.) E cerre la puerta; el establecimiento está cerrado.

CHARLATÁN: (Volviéndose.) Cha digo; son capaces de haberme seguido.

CARMELO: ¿Y qué quiere? ¿Que me gane la cana po vo?

CHARLATÁN: (Decidido.) Bueno, tome: a ver si tiene conciencia. A ver si deja de ser hereje y de aprovecharse del sudor de los pobres. (Sacando de un envoltorio de papeles un prendedor de brillantes y una plaqueta ídem, anillos finos, etc.)

VICTORIO: ¡La madona!

CARMELO: (Dándole un pisotón.) ¡No ma pise, anemale!

VICTORIO: (Retorciéndose.) Disculpe, patrón... Ma reventó el dedo gordo.

CARMELO: Ah, ¿se lo goardaba pal jodío e a mí me traía chafalonía? ¡Lindo mochacho!

CHARLATÁN: Es que no la queríamos vender.

CARMELO: Lo quería guardare en alcoholes. Vettorio, cerra llave. (Victorio cierra la puerta de calle con tranca.) Ahora estamo má seguro. Vamo a ve.

CHARLATÁN: ¿Qué va a mirar? ¡Como si no manyara lo que es!

CARMELO: (Con el lente puesto y bajo la luz del escritorio.) La otra el Melenudo me metió la mula. La había cambiado do brillante y me había metido imitación (Observa.) ¿A vo te mandó Balilla?

CHARLATÁN: ¿Qué Balilla?

CARMELO: El flaco que trabaja con Chemenea.

CHARLATÁN: (Riendo.) ¿Ibarrita? No, ¿qué tiene que ver Ibarrita conmigo?

CARMELO: Con vo, no sé; conmigo, sí; me debe cien peso que les presté un sábado del me de enero. E vo sabe porque lo esperaba en la esquina. Son cien peso que me lo descuento.

CHARLATÁN: Si ya lo sabía. Por eso no se lo queríamos vender, ¿ve? ¡Cómo nos chupa la sangre! Descuento, bueno. De todos modos, aunque no se lo debiéramos, nos iba a descontar igual. ¿Cuánto da?

CARMELO: Queniento.

CHARLATÁN: ¡Avisé! Traiga, traiga todo. Mil pesos me dan por la plaqueta sola.

CARMELO: ¡Uh! Hacemo prontito. (Envuelve todo.) Vaya donde le den lo mil peso por la plaqueta sola.

CHARLATÁN: ¡Vamo, yo no digo de no hacer negocio, pero sea más considerado! No sea lunfa. Yo no sé pa qué quiere la plata. ¿Cuánto da, en serio?

CARMELO: Queniento.

CHARLATÁN: (Pegándose en la cabeza.) ¡Pa qué sirve robar, mi Dios! ¡Quinientos pesos! Agárraselo todo. Tome, agárrese el saco y los pantalones, y la camisa; lárgueme desnudo a la calle.

VICTORIO: (Tocando el paño de la ropa.) El traque no vale do peso.

CHARLATÁN: Cayate porque te vas a ganar un viandazo, desgraciao.

CARMELO: (Saliendo del mostrador.) ¿A quién va a pegare vo? ¡Eh!

CHARLATÁN: Si no es con usted. ¡Cómo quiere que no me coma el mostrador de rabia! De los quinientos se descuenta cien, me da cuatrocientos. Nosotros pensábamos sacar tres mil de todo.

CARMELO: ¡Tre mila! No lo guaño en todo l'año. Tené telaraña in ta cucuzza.

CHARLATÁN: Cómpreme una sola cosa, la plaqueta.

CARMELO: E lo demás lo lleva al jodío.

CHARLATÁN: ¿Y qué quiere, si me arruina?

CARMELO: Llévaselo todo.

CHARLATÁN: Y bueno, es mejor. Traiga.

CARMELO: ¿Quiere ochocientos?

CHARLATÁN: Dos mil.

CARMELO: Mile y se quedamo en pa...

CHARLATÁN: Dos mil.

CARMELO: Toma. Vettorio, abrí la poerta.

CHARLATÁN: ¿Y me va hacer salir por acá? Me manda derecho a la cana.

Déjeme salir por donde siempre: por el conventillo.

CARMELO: Vettorio, acompañalo.

CHARLATÁN: ¡Uffa! Tanto aspamento.

CARMELO: Che, ¿y lo cien mango, quién me lo paga?

CHARLATÁN: ¿Y por qué es zozzo y no agarra?

CARMELO: Mile cinqueciento e basta.

CHARLATÁN: ¿Van descontando los cien?

CARMELO: E boeno, qué le vamo a hacere. Trabajo per ostedes.

CHARLATÁN: Vamos arando, dijo un mosquito, parado en la cabeza de un buey. Largue el hacha.

CARMELO: (Sacando un rollo impresionante de billetes del bolsillo.)
Cuenta.

CHARLATÁN: ¿No tiene caja fuerte, don Carmelo?

CARMELO: ¿Para qué, para que venga vo a afanarla? Así tené que acercarte a mé, cerquita, cerquita.

CHARLATÁN: Con usted no juego. Mil. (Mirando el billete.) ¡Qué animal grande! ¿Y dónde vamos a cambiar esto? Deme sencillo. (Victorio, a una señal de Carmelo, ha procedido a desmontar los brillantes, para reducir las joyas.) Cien, doscientos, trescientos, cuatrocientos... y quinientos.

Mil quinientos. (Atrapando la plata.) Cuando llegamos a los cuatrocientos estaba temblando, creía que me iba a descontar los cien.

CARMELO: ¿Qué sería de ostedes si yo no astoviera? So el padre de ostedes.

CHARLATÁN: ¿Y quién lo duda? Papito, deme cien pesos más.

CARMELO: Vamo, deja la chacota. Sarga por el conventillo.

CHARLATÁN: Hágame acompañar por Victorio: no sea que tengan ustedes una maroma preparada para quitarme la guita.

VICTORIO: Estoy desmontando.

CHARLATÁN: ¡Pucha que había sido ligero el paisano! Así, que ahora, si me quisiera arrepentir no había caso. ¡Como luz el italiano!

CARMELO: Salga per aquí; yo t'acompañó.

CHARLATÁN: ¿Usted? No, viejo; solito es mejor. (Sale precipitadamente seguido por Carmelo, el cual regresa a poco.)

VICTORIO: Ya está.

CARMELO: ¿Terminaste? Saca la cosa de la vedriera e andate. Te ganaste un vermute.

VICTORIO: ¡Sa ganado cinco mila peso!

CARMELO: Dame lo brillantes. (Los guarda en un pañuelo y oculta éste en un bolsillo del chaleco.) Junta el oro. Domani mattina va a la fundición.

(Victorio junta el oro y se lo entrega.) ¿Me lo entrega así? (Con un martillo aplasta las armazones.) Cada día ma gnorante. (Victorio se quita el guargapolvo, se pone el saco, que estará debajo del mostrador. Carmelo envuelve el oro en un papel y se lo guarda en un bolsillo.)

VICTORIO: ¡Padrone! (Temeroso, dando vueltas el sombrero entre las manos.)

CARMELO: ¿Qué quiere?

VICTORIO: ¿Cuánto tiempo hace que le hago l'empleado?

CARMELO: ¿No lo sabe? ¿Pa qué me pregunta? De que vinista d'Italia. ¿No te acuerda?

VICTORIO: Sí, ricordo, e per esto. Osté me dijo que cuando hiciera un negocio lindo me iba a da pa traere la mía famiglia.

CARMELO: ¿Eh? ¿Qué quiere?

VICTORIO: (Temeroso, pero queriendo reír.) El negocio lo hace siempre. Quista sera se guagna cinco mila peso.

CARMELO: ¿Dove istano lo cinco mila peso? Hay que montá de noevo; hay que vendé; hay que aflojá a la polecía, per la duda, coando te lo pídeno...

¿Dove está la guagnanza?

VICTORIO: E, lo so... pero... siete rico... Me prometiste... te ayudo, ¡eh, marona!

CARMELO: Vamo, vamo... Te dije que te pagaba el vermute, tomá. (Le da veinte centavos.) Engárralo. (Victorio queda pensativo, no le preocupa la moneda.) Te.

VICTORIO: Non voglio la lemósena. Me fa esquifo.

CARMELO: Santo diábolu. Agárrala. Te la va a tragá. (Está junto a él, le tiene del cuello.)

VICTORIO: Non me piquie, don Carmelo. Suelta. ¡Eh! (Logra zafarse.) ¿Pa qué quiere tanta plata?

CARMELO: La plata e mía.

VICTORIO: (Riendo con rabia) ¡Para il figlio!

CARMELO: E sí; pe il figlio. Limpiate la boca cuando lo nombrá; pe il mío figlio.

VICTORIO: Io también o figlio.

CARMELO: Trabaja come he trabajado yo. ¿Qué ta piensa? Hace mucho año que laboro per mío figlio. Tutte pe ilo. ¡Tutto! ¿E qué?

VICTORIO: Te pido ayuda. Te o servido.

CARMELO: Te o pagado.

VICTORIO: Ayúdame, don Carmelo. Estoy solo a l'América; voglio mía fémena; el mío figlio; ma paga poco, cuanto guadagno le mando. No me alcánzano pa il viaje, el cuartito, lo moeble. Hací de cuenta que no guagnaste cinco mila pesi, senó cuatro mil cinquecento.

CARMELO: (Riendo.) ¡Quiniento peso! Está loco. Tiene telaraña a la cabeza. Toma lo vente centavo.

VICTORIO: ¡Non quiero!

CARMELO: E boeno, niente. Va vía.

VICTORIO: (Con mirada asesina.) Buona sera, don Carmelo.

CARMELO: Buona sera. (Victorio desaparece por izquierda y regresa; Carmelo se vuelve receloso.)

VICTORIO: Dame lo vente centavo. (Carmelo se los da. Mutis Victorio. Cuando Carmelo queda solo, va a la puerta de calle, comprueba si está bien cerrada; coloca en una valija de mano las cosas de valor de la vidriera; registra el taller por si hubiera quedado algo, y marca mutis por izquierda, a tiempo que entra Chicho, el hijo, un compadre bien vestido, impecablemente vestido, seguido de un amigo de igual calaña.)

CHICHO: Entrá Zapiola, no hay nadie.

ZAPIOLA: Buenas noches.

CARMELO: ¿Pa qué me saluda? (Zapiola lo mira.) ¿No ve que no hay nenguno?

CHICHO: Bah, no hagas caso, es el viejo. Vení; aquí tenemos lugar. (Limpia el mostrador con el pañuelo y Zapiola, recelando del viejo, extrae un mazo de cartas. Carmelo hace mutis por izquierda.)

ZAPIOLA: Tocá. Pasá suavemente la yema del dedo por el lomo del mazo. ¿Sentís?

CHICHO: Nada, che.

ZAPIOLA: Tenés los dedos insensibles. Limátelos. A mí me pasaba lo mismo al principio; ahora con sólo tocar la carta, siento hasta el grueso de la estampa. Mirá (Extiende las cartas.) este rey, tocalo así. Parece que no estuviera impreso. ¿No es cierto? Sin embargo, yo siento la figura. Y si lo toco así, el lomo, siento la raspadura. Ahora mirala a la luz, a plena luz. No ves nada ¿verdad? Bueno, mirá ahora con esta otra que no está marcada. Una encima de otra. ¿Ves ahora lo que le falta? Hay que ser brujo para marcar. Yo banco, ¿sabés?, y vos apostás con el candidato. Tratás de apostar en contra suyo para que no pueda discutir. A una seña mía vos le amenazás, para que me dé tiempo de embocar la ganadora. Después, yo arreglo el asunto, y continúa la jugada. Eso si la cosa se pone mal, nada más. No vas a meter la pata.

CARMELO: (Regresando.) ¿Va a comere aquí? La comida está pronta.

CHICHO: (Sin hacerle caso.) ¿Así que yo no hago más que apostar?

ZAPIOLA: Si es monte. Si la cosa se define por una mesa de pócker, te abrés y nos dejás a nosotros. Pero hace falta aquello que te dije.

CARMELO: ¿Va a comere aquí o nel Plaza Hotele, neno Chico?

CHICHO: (Que va a contestar una grosería, se acuerda que tiene que pedir dinero y se contiene.) No, viejo, voy a cenar con este amigo, pero más tarde. Necesito unos pesos, viejo.

CARMELO: ¿Ya no tiene má? Ayere ma pidió.

CHICHO: (Acercándosele.) Los compromisos, viejo.

CARMELO: Está bien, pero, ¿cuándo va conluí so compromiso? Se son al Banco, se págan una vez, ¿e nada má!

CHICHO: No sea discudidor, viejo. Deme quinientos pesos.

CARMELO: ¿Cuánto ha dicho?

CHICHO: ¿Está sordo? Quinientos pesos. Se los devuelvo. Es un negocio con el amigo.

CARMELO: ¿Ma osté cre que quiniento peso sa rejóntano al soelo?

CHICHO: Se los voy a devolver mañana mismo.

CARMELO: Ah, no; pa el joego, no. ¿Quieren cinco pesos? Tómallo. (Al ver que no se los aceptan, se los guarda y mutis por izquierda. Se oye ruido

de platos, cacharros, etc. El viejo prepara su comida.)
ZAPIOLA: ¿Y ahora?
CHICHO: (Corre hacia el mostrador, mira en las mesas y en la vidriera. No encuentra nada de valor.) No hay nada.
ZAPIOLA: Con eso no salvamos la petiza. Dijistes que tenías seguridad. He confiado en vos. Son cosas de honor y hay que cumplirlas.
CHICHO: ¡Si no fuera porque el viejo tiene más fuerza que nosotros dos juntos, lo estrangulaba! Nunca me niega, y ahora...
ZAPIOLA: El caso es que si el candidato no ve plata, no va a arriesgar la suya.
CHICHO: Pero no decías que tenías trescientos pesos (Zapiola afirma.) ¿Y qué más, para bancar?
ZAPIOLA: Para bancar y perder los primeros tiros; pa engolosinarle falta plata. A menos que...
CHICHO: Decí.
ZAPIOLA: A menos que te animaras a hacer la pata ancha. Lo fajamos desde los primeros tiros y si se da cuenta...
CHICHO: ¿Y cuándo me has visto recular? Hasta soy capaz de dársela de furca.
ZAPIOLA: ¡Pibe gaucho! (Entra Carmelo con una olla, un plato, pan, etc., e improvisa la mesa en el mostrador.)
CARMELO: ¿Sabe por qué non lo doy lo quiniento peso?
CHICHO: ¡No los preciso!
CARMELO: ¿Lo fabrecó en seguida?
CHICHO: ¡Vamos, Zapiolita!
CARMELO: ¿No quiere oírse pe qué no le doy la plata?
CHICHO: Guárdesela.
CARMELO: Pe que osté ha ingañado a la figlia de compá Gaetano.
CHICHO: ¿Ya vino la gringa ésa a quejarse?
CARMELO: Soy tu padre, e tiene razon. Osté va a tenere que casarse co illa. Sa no, compá Gaetono no ma paga lo mila dociento pesos que ma debe.
CHICHO: Que no le pague.
CARMELO: ¿Quiéne ingañó a la mochacha? ¿Pe qué tengo que pagare yo?
CHICHO: ¿Y no dice usted que es mi padre?... Vamos, Zapiolita.
CARMELO: Escuchá, Zapiolita; esto haragane sa me viene a la tre, e a la cuatro. Mandámelo en seguida.
ZAPIOLA: Vamos aquí a una cuadra, nomás, señor. Una reunión de amigos en casa de Pérez.
CARMELO: ¡Jesucristo Venedetto! El Pérez ese è ono maffioso. Chichilo, quedate en casa.
CHICHO: ¡Avisé! ¿Desde cuándo? Vamos, Zapiolita.
CARMELO: Te doy lo quiniento peso se te quedá a jugá a casa. Te pongo una mesita aquí nel medio, t'enchufa la luce e te doy lo mate.
CHICHO: (Riendo.) ¡Está loco! Vamos. ¡Anda mal de la cabeza, viejo! (Mutis por izquierda.)
ZAPIOLA: Buenas noches, señor.
CARMELO: No me lo lleve; è maffioso.
ZAPIOLA: No tenga miedo, señor. No le va a pasar nada. (Mutis siguiendo a Chicho.)
CARMELO: Patotero de la madona. (Solo arregla su mesa, trae una botella

con un poco de vino, se sirve un vaso, bebe queriendo ahogar el disgusto y se sienta.) No tengo gana de comé. (Medita.) Tiene todo pa que non trabaje: dinero, ropa, hasta mojé, e se me va con la runfla: Patotero, atracadore... (Se sirve más vino y después de tomar se asusta de haber bebido.) Me voy a tomá todo el vino de la setimana. Me o bebido cuatro dedo. ¡Tomo do pe comida! ¡Basta! (Tapa la botella.) ¿Pa qué sirve tenere hijo? Non te rispeta, te se burla, te se... Digo como lo gallego: Te se. No. E se te. O te se. Te se burlano. (Inconscientemente destapa la botella y bebe.) Ma e furbo il figlio mío: oguale a so madre, que Dio la guarde. (Se persigna.) Coando morió la fenada, me lo dejó chequito así. (Señala.) E ahora está así. Casi, casi me ancanza. Compadrone, co la parada de on ricachone. Uguale, uguale... (Ríe.) E furbo... (Remedando.) "Pasá, Zapiolita, no hay nadie"... E me había visto. "Viejo, ¿tené quiniento peso? Te lo revoelvo domani"... ¡Qué te va revolvere! Co esa voce da muchacho entelegente. Veramente entelegente. E sempático... E, la figlia de compá Gaetano se ha divertido bien. ¡Eh! ¿Qué quiere? Cu isa perna grosa, e iso naso chequetito ... (Ríe.) Lo lindo mochacho se págano, figlia mía. (Serio.) ¡En cambio, tengo que perdonarle al padre mile dociento peso! ¡Maledetta sia! (Mirando la olla, se sirve vino y bebe.) ¿No come, Carmelo? No, no tengo gana. No está figlio mío; non poedo discotire; non poso retarlo... Per qué io lo educo, ¡la maronna! Le doy la plata, le pago todo lo vicio, ma però, lo educo de pasada. Siempre descotimo a la mesa. Hoy me lo cafeteo... mañana le digo una eronía... e se me va edocando. Ma e giovene ancora. Ayere no ma era así. (Ríe al recuerdo.) "Papito, llevame a la calesita". "E, vamo a la calesita"... "Papito, non voy al colegio, comprame on juguete". "E, no vaya al colegio, e compramo er juguete". Yo trabajaba, él jogaba, e io, da pasada le daba la edocacione. Ahora tiene danaro ar Banco, e una casa, e danaro en mucha partes. Ma non sabe niente, nunca se lo he dicho. ¡Ah, no! Coando yo moera, ¡pláfate! Tutto pe ilo. "I figlio di Carmelo Salandra, fa il millonario". "¡Oh, il porco dil vechio Salandra guagnaba danaro"! (Enojándose.) E sí, claro que guagnaba, ma no per ostedes, per il suo figlio. A la vita hay que laborare pe algo; pe la moglie; pe lo figlio... (Destapando, la botella.) Está frío. No como nada. Llevátelo. Via, via... (Del patio llegan risas, gritos y las notas de un gramófono. Carmelo se sobresalta, corre hacia izquierda y grita.) Gallego, entra ese grafófono a so pieza.

VOZ: (Afuera.) No son las diez aún, y tengo derecho, como cualquier mortal, a divertirme.

CARMELO: Il conventillo no è pa divertirse. Yo no t'alquilo el patio.

VOCES: ¡Uffa! Mejor sería que hiciera barrer el patio de cuando en cuando. (Risas.)

CARMELO: Sa non ta gusta, ya sabe el camino. (Se oye de nuevo el gramófono.) ¡Gallego, te rompe el grafófono de una patada! Va vía... (Cesa la música.)

VOCES: ¡Explosión! ¡Miserable!

CARMELO: Bollanguero (Voces, chistidos, gritos y luego silencio.) E osté, ¿sa sanda ascondiendo? Entrá, entrá. (Regresa Carmelo seguido de un Vendedor de Biblias, melenudo, seco, con algo de Cristo en su rostro, que acusa privaciones.) ¿Asperaba que apagase la luce, pa colarse?

VENDEDOR: No, señor; creía que estaba usted ocupado, y esperaba que saliese para pagarme. Aquí tiene. (Le entrega unas monedas.)

CARMELO: Cincuenta.

VENDEDOR: Eso es; buenas noches.

CARMELO: Eso. Oiga.

VENDEDOR: Usted dirá.

CARMELO: Así te sale el artillo tre peso má.

VENDEDOR: Ya lo sé; me lo dice todas las noches.

CARMELO: ¿E pe qué no reuní doce peso e me págase l'arquilere adelantado? Yo gano meno pero no tengo ca tenerte la vela tutta la sera per si entrase o no entrase sen pagarme.

VENDEDOR: No puedo reunir doce pesos.

CARMELO: Ma también, co esa Biblia... ¿Cuánto vendé pe día?

VENDEDOR: Muy pocas; las regalo, las leo a quien no sabe leer.

CARMELO: E, ¿la regala? ¿E osté?

VENDEDOR: Las compro.

CARMELO: ¿E qué clase de negocio hace? Compra e regala.

VENDEDOR: Y agradezco a quien me las pide, porque algún interés muestra por el verbo de Dios.

CARMELO: (Riendo.) ¡E tutavía agradece!

VENDEDOR: Yo agradezco siempre todas las cosas de la vida. Agradezco su bondad al permitirme habitar un rincón de su casa y pagarlo como puedo pagarlo.

CARMELO: ¿Agradece que te haya aumentado el alquiler?

VENDEDOR: No es aumento, es voluntad de Dios.

CARMELO: Dio no me ha detto niente. Te lo aumenté solito, solito, para vere se te iba. Te lo digo en serio: hay quien me págano cuatórdiche peso pe l'artillo.

VENDEDOR: Cuando usted quiera, me iré.

CARMELO: ¿Sabe que so on tipo originale? No ta echo pe eso. Sempre co lo librito, sempre sen decí na parola... ¿E cómo vive?

VENDEDOR: Como usted me ve. Dios me concede la gracia de pasear por el mundo.

CARMELO: ¿Ee le chiama pasea andare come anda osté?

VENDEDOR: No conozco otro mejor.

CARMELO: ¿E coanto tiempo hace que vende Biblia?

VENDEDOR: Muchos años.

CARMELO: ¿No quisiera trabajá?

VENDEDOR: Todos trabajamos. Ninguno cuida de su alma. Creemos que vivir es trabajar. Trabajando se sirve a Dios; pero olvidándolo, no. Y el mundo se olvida de él. Y sólo le recuerda cuando el dolor le recuerda su existencia.

CARMELO: ¿Ma pe qué dicen ostede, lo beato, que Dio e malo? ¿O que Dio e boeno? Se trabaja, tené plata, e tené lo que precisá; co la plata sola, sen trabajá, tenese todo, mejore todavía. Sa non trabaja, no tenese plata, non tené niente. ¿Quiéne te da la plata, Dio o el tuo laboro?

VENDEDOR: ¡Dios!

CARMELO: Tengo gana de conversá, sentate; non converso co nadie. No sargo, no tengo amigo, me hijo se ne va. E coando viene arguno, haciéndose l'amigo e pa pecharte, pa tirarte la manga, pa fajarte, como díceno lo

mochacho. Vo no me va a fajá; te lo conozco a los ojo. (Ríe.) ¿Comiste?

VENDEDOR: No.

CARMELO: (Nervioso por tener que ofrecerle, mira la olla, mira el pan, al final se decide.) Yo no comí, se quiere... Sopa co plastina, está fría; no te va a gostá.

VENDEDOR: Gracias, llevo aquí mi cena. (Enseña dos naranjas.)

CARMELO: ¡Come naranca! ¿Las chupa? ¡Madonna! (Suspirando.) Meno male.

Esta sopita, domani la caliente, le tiro adentro pane cortadito, queso cortadito chequetito, e ya está. (Tranquilo ya.) Del vino no ta sirvo pe que me lo bebido todo. Estaba loco. Ahora me toca cuatro día sen vino, hasta la doménica. Seguí contando. ¡Ah, no! Te decía que ante creía esa macana de Dio, e Dio aquí, e Dio allá. Pero non guagnaba. Dopo o comprendido la Biblia. (Ríe.) La plata non se guagna trabagando...

¡Macana! La plata, la guagna co la plata: presta acá, aprieta allá; cazá lo mestito, e llena la bolsa. ¡Lo sonso, trabájano! (Ríe con ganas.) ¡Eso no lo dice la Biblia! Esa Biblia la n'hecho lo sonso. ¡Eh!, te lo digo yo, Carmelo Salandra.

VENDEDOR: ¿Cree en Dios?

CARMELO: Te va deci la veritá: creo e no creo. Creo pe que tené que cree en argo; o no creo, pe que, ¿quién lo ha visto?

VENDEDOR: ¡Yo!

CARMELO: (Incrédulo, burlón, pero al propio tiempo en duda.) ¿Yo? ¡Macana!

E lo dice co la cara seria. (Ríe.) ¡Ma quere fariá! Claro, ha dicho:

gringo ignorante, lo vía engrupire. ¡Ja! ¡Ja! ¿Co esa cara ha visto a Diose? ¿Coándo, che: coando chupa la naranca? (El Vendedor oye inmutable a Carmelo.)

¿E cómo é, che? ¿Con la barba blanca, lunga, e col vestido bianco también? ¿Llevaba la corona de fuego? (Vuelve a reír.) Contame, así

domani, cuando m'hijo se levanta a la doce pa comé, le digo: ¿Sabe una cosa? ¡O visto a Dio! ¡E le hago cazá una bronca! ¿Vo no conoce al hijo mío? ¡Lindo mochacho! ¡Eh! ¡Ese e Dio pe me! Me Dio e tutta la mía vita.

Ve; se vo me decí: Carmelo Salandra cree en Dio come en tuo figlio, yo te contesto: al figlio mío lo veo, lo palpe, lo oyo... E a Dio, no. ¿Cómo e?

Me gustaría que me lo enseñara. Aunque sia per la cerradura. (Riendo.)

Mirá, Vendedó, ¿quiere que te enseñ e a Dio? Mirá: (Extrae de sus bolsillos dinero.) ¡Esto e Dio! ¡Il mío Dio! (Ríe a carcajadas.) Ciento de

mila de esto e la eternitá: el Padre, el Figlio e l'Spirito Santo. Lo

demá, ¡macana! (El Vendedor no contesta.) Vamo a vé, Vendedó, leeme la

Biblia. (El Vendedor, ajeno a cuanto ha dicho Carmelo, abre la Biblia, se dispone a leer, cuando se oyen insistentes llamadas a la puerta y voces

angustiadas de ¡Abra! ¡Abra!) ¿Quí? ¡El negocio está cerrado! Pe le comentillo. (Al Vendedor.) A lo mejore sono lunfa que te hácen la comedia

dopo... (Acción de robar.)

VOCES: (Afuera.) ¡Abra! ¡Abra!

CARMELO: ¡Vérgene mía! ¿Quí é? Abro per que siete tu aintro... ¡Va!...

(Carmelo abre precipitadamente la puerta, se coloca con cuidado detrás de la hoja abierta, listo a la defensa, y entra Chicho, más bien dicho, entra el cuerpo de Chicho. Dos manos lo sostienen como a un pelele y lo largan.

El cuerpo queda recostado en la hoja cerrada, las manos desaparecen, la hoja abierta se cierra y el cadáver se escurre, sentándose en el suelo.)

¡Chicho! (Lo palpa.) ¡Sangue!... ¡Chicho!... ¡Dio! (Se levanta, deja al

hijo caído, camina desatinado sin saber qué hacer. Necesita un asidero en ese temporal imprevisto; ve al Vendedor que le mira impasible, va hacia él, lo aferra de los brazos, lo sacude, lo atrae hacia sí, estalla, pero no atina a pronunciar más que:) ¡El tío Dio! ¡Chiámalo! ¡Chiámalo!

Cuadro segundo

La misma decoración del cuadro anterior, y la misma hora de la noche. Ha transcurrido un mes. No ha cambiado nada en el ambiente. Victorio atiende el negocio y trabaja pacientemente en el engarce de una joya. Por la puerta del foro entra el compadre Gaetano, acompañado de su hija, una muchacha asimilada al ambiente, grosera, bonita, vestida corrientemente. Se nota en ella una tendencia a ambiciones bajas. Gaetano es un meridional de bajos sentimientos, pero astuto y sórdido.

GAETANO: Buona sera.

VICTORIO: Buona sera, Gaetano. ¿Ya viene?

GAETANO: ¿Cómo, ya viene? ¿No ta gusta? (A la hija.) Pasá. (Ella obedece de mala gana.) Pasá, ¡oh!

NUNCIA: ¡Eh! ¿No ve que estoy adentro?

GAETANO: Este e Vettorio, ¿lo conoce?

VICTORIO: (Fingiendo, aunque sin ocultar su disgusto.) ¿Viene a vere al que iba a sere so soegro? Está dormiendo. ¿Pe qué no viene de día?

GAETANO: ¿Ma qué dice? ¡Eh! (Victorio vuelve a su trabajo.) ¿Doerme?

VICTORIO: ¿No lo sintió?

GAETANO: Perfectamente. (A la hija.) Va ar comentillo. Te chiamaré. Pasá pe la calle.

NUNCIA: A las diez tengo que estar en casa, ¿eh? ¿Ha entendido? ¿Para qué me quiere acá? ¿No puede decir usted lo que tiene que decir?

GAETANO: No é lo mismo; se lo dice osté, é la madre de so nieto; se lo digo yo, no ma lleva l'apunte.

NUNCIA: ¡Cuánta historia! Lo mejor sería salir de esto y se terminó.

(Acción de desembarazarse.) Muerto Chicho, no hay nada que hacer.

GAETANO: Va fora. Io te chiamo.

NUNCIA: Si no están las muchachas, ¿qué hago?

GAETANO: ¡Estano! E se no estano, pasea. Contá la telaraña. Va. (Mutis de Nuncia, malhumorada. Gaetano se acerca a Victorio, quien se ríe socarronamente.) ¿Po qué te rei? ¿Deci?

VICTORIO: (Acercándosele.) Me río de osté. ¿No tiene confianza en mí?

GAETANO: No.

VICTORIO: Está bien. Haga osté lo que quiera.

GAETANO: ¡Te conozco, Vettorio! Se me hacé traicione io ti ammazzo.

VICTORIO: Lo so. ¿E qué gana? Va in galera e io al chimentero. Mía moglie e mío figlio non viéneo, e la tua figlia se queda col bastardo.

GAETANO: ¿E qué posso fare?

VICTORIO: ¿A qué ha traído tua figlia?

GAETANO: ¿No lo sabe? Se non la vede, non crede. (Por el vientre.)

VICTORIO: Carmelo non va a vivire co te. Tú viene para que tua figlia le diga: "Don Carmelo, ¿qué hace aquí solito? ¿Viene cu noi?" E tú, a la tua casa, o pilla bene o te vieni al negocio solito, solito. ¿No e así? Pero no lo va a podé hacé.

GAETANO: ¿Tú lo va a impedire?

VICTORIO: (Sonriendo.) Carmelo no sa mueve de esta casa. Te lo digo io.

GAETANO: Vo pensá quedarte co todo. Lo so. ¡É no! ¡No!

VICTORIO: Gaetano, ¿tú sei amico mío?

GAETANO: Secundo pa qué cosa.

VICTORIO: Sentite. ¿Se io consigo que Carmelo voglia bene a tua figlia, te de dal danaro para il tuo nieta, sareste contento?

GAETANO: ¡Sí!

VICTORIO: Sentite; io voglio la mía parte: traere a la mía moglie e al mío figlio. Niente altro (Confidencial.) Carmelo e pazzo. La sua pazzia le ha diventato místico. Crede vedere a Dio. Crede hablare con Dio. (Gaetano le escucha alelado.) A esto cuarto, tutte le sere, cuando queda solo, bebe, prega, pienge e chiama a Dio.

GAETANO: ¿Y?

VICTORIO: Io lo visto una sera que sa ma había olvidada na lettera. Era tutto oscuro, sentiba piangere, gemire, golpear col puño al peto. Me ha dato paúra. Quería hablare e no podía. Il vecchio seguía llorando. Decía: "Dio santo, viene a me, fate vedere como siete". Ho atropellado, ho llevado pe delante algo. Un grito tremendo, e dopo niente. Cuando o prendido la luce, el vechio estaba al soelo, desmayado.

GAETANO: ¿Le rubaste?

VICTORIO: No. Fuggi. A la mattina estaba borracho, boeno, e me dijo: "O vedutto a Dío".

GAETANO: ¡Oh, madona!

VICTORIO: Quisa notte, cuando era tutto oscuro e il vecchio piangeba, entré despacito, despacito, co mi delantale bianco... (Calla.)

GAETANO: ¿Eh?

VICTORIO: ¿No comprende?

GAETANO: No. Cuntá.

VICTORIO: Desde aquilla notte, tutte le sere, a la misma hora, hago il Dio. Co la peluca blanca, le barba blanca, il mantelo bianco...

GAETANO: ¿Tú?

VICTORIO: Io.

GAETANO: ¿E pe qué? Va diventare pazzo.

VICTORIO: ¿No comprende, tampoco?

GAETANO: No.

VICTORIO: Voglio traere mía familia de l'Italia; voglio danaro e de otra manera non me lo daría.

GAETANO: Tú le pide.

VICTORIO: Al giorno seguente, cuando se lavanta. Le parlo de Dio, le cuento mentira, le lloro e me da aquello que le pido, poquito, de a diecci pesi, de a veinte pesi. So runido ya duecento.

GAETANO: (Con fiera alegría.) ¡Iñorante! Pedile de gorpe, de una sola vece.

VICTORIO: ¿Tú credi?

GAETANO: E sí, la piazza te lo porta una sera e se acabó l'istoria.

VICTORIO: ¡O Dio! Tené razone. Bebe mucho. Todo el día, e después doerme. Reza. Ma da miedo. Cuesta sera...

GAETANO: (Agarrándolo fuertemente de un brazo.) Quista sera te salva tú, e me arregla a mí.

VICTORIO: ¿E tú qué me da?

GAETANO: ¿De qué?

VICTORIO: Io me espongo. Hago el Dio. ¿No vale nada mi trabajo?

GAETANO: Despoe arreglamo.

VICTORIO: No.

GAETANO: Tú vestido de Dio le deci que él, don Carmelo, debe ir a viví con Nuncia, pa esperá al nietito. Yo, domani, vengo a llevámelo. El il negocio queda pe lo do.

VICTORIO: ¿Parola de onore?

GAETANO: Te le juro pe la mía vitta.

VICTORIO: Vale poco.

GAETANO: Per tutta la mía famiglia.

VICTORIO: Se tú me traiciona...

GAETANO: ¿Me fareste metere in cárcele por osorpadore?

VICTORIO: No. Io so...

GAETANO: (Comprendiendo que se encuentra frente a un enemigo peligroso.)

Vettorio, ne salvamo lo do, e basta. (Se oyen ruidos en la habitación contigua y la tos de Carmelo, tos de borrachera. Luego, ruido de vasos, de agua. Victorio vuelve a su trabajo. Gaetano pasea por el negocio. A poco entra Carmelo, con la misma ropa del acto anterior, demacrado, encorvado, hosco. Pasa junto a Gaetano sin saludarle, se dirige a Victorio.)

CARMELO: ¿Pe qué no cerra el negocio? ¿No ve que e hora?

VICTORIO: Lo esperaba, don Carmelo.

CARMELO: Cuando meno esté abierto, mejore. (Un chico entra corriendo en el negocio.)

CHICO: Don Carmelo, ¿está el reloj?

CARMELO: Vettorio, dale el reló.

VICTORIO: No está, padrone.

CHICO: Hace una semana que se lo traje. Aquí está la boleta.

CARMELO: Dice que no está.

CHICO: ¿Y usted no lo puede hacer?

CARMELO: No tengo vista, ne pulso.

CHICO: También, con las borracheras que se trae del almacén.

VICTORIO: Cállese. (Amenazante.)

CHICO: ¡Qué va a pegar! Salí a la calle, te encajo una pedrada en un ojo.

VICTORIO: ¿A quién? (Le va a pegar.)

CARMELO: (Deteniéndole) ¿Qué va a hacé? ¿Qué va a hacé? (Va al mostrador.) ¿Coale e to reló?

CHICO: Ese.

CARMELO: Tomá, no se poede hacere. Llevalo a lo del jodío Kolkos.

CHICO: ¿Y después de una semana?

CARMELO: (Dándole una moneda.) Tomá.

CHICO: ¡Diez guitas! (Lo mira.) Va a llover. (Riendo.) Mañana le via traé un despertador. (Mutis gritando.) El viejo Salandra me dio diez guitas.

CARMELO: Cierra (Victorio obedece. Gaetano pasea ofendido.)
GAETANO: (Estallando.) ¡Cumpa Carmelo! (Carmelo no le mira.) ¡Cumpa Carmelo! ¡Oh! ¿Soy on cane io? ¿Per qué no me saluda? ¿Per qué no me mira? (Carmelo no le atiende.) ¡Cumpa Carmelo!
CARMELO: Te o visto.
GAETANO: ¿E per qué no me saluda?
CARMELO: No voglio salodarte. ¡Basta!
GAETANO: ¡E no! Me hija va tené un figlio de tu muchacho.
CARMELO: (Lleno de furor.) Ya te o pagado la diablura. Ha morto il mío Chicho, ha finito il mondo pe me. No te conozco.
GAETANO: La mía hija quería saludarte.
CARMELO: No la conozco.
GAETANO: E bene. Dio te castigará.
CARMELO: (Convulso de furor y pánico, presa de un extraño temor que no podría explicar, va hacia Gaetano con ánimos de pegarle, pero se contiene, la mano en alto, los ojos centelleantes.) ¡Dio! Andate. Láciame.
CAETANO: (Insistiendo.) Dio te castigará. Disprecia el sangue del tuo sangue.
CARMELO: Sentite. (Se le acerca, calmado, confidencial, aunque agresivo siempre.) ¡A Dio, lo ho visto io! (Mira antes y después de esta confidencia al lugar donde estará Victorio cambiándose el guardapolvo por el saco.) Io lo ho visto. Sólo io. (Aferrándole el brazo.) E niente altro. Io. (Lo arroja lejos. Gaetano va a contestar, pero ve a Victorio que le hace señas que se calle; mientras Carmelo hace mutis por izquierda.)
VICTORIO: Casi hacé una macana. Me arrepiento de haberte dicho.
GAETANO: Me desprecia la mia famiglia.
VICTORIO: No, ti desprecia a te. E ahora, ¿querrá traicionarme?
GAETANO: No. Quería que mi hija le hablara...
VICTORIO: Iate priesta. Io me vado e vuelvo con traje.
GAETANO: No; voglio vederti. Io aspeto al patio.
VICTORIO: Va a echá todo a perdé.
GAETANO: Resto e si no quiere que me quedo, se termina tutto per te, e pe me.
VICTORIO: (Temeroso ante la amenaza de Gaetano que sabe segura.) Ma guarda, que si pe te se descubre, pensa a la tua ánima.
CARMELO: (Con una botella de vino, y dos vasos, agitado por un temblor convulso.) ¡Váttene! ¡Váttene!
VICTORIO: ¡Carmelo! ¡Eh! ¡Basta, santo diábolu!
CARMELO: (Leyendo en los ojos de Gaetano la ofensa que le ha inferido con su desprecio, próximo a desquitarse.) Aspeta. Aspeta. (Sirve un vaso de vino y se lo ofrece.) Bebe. (Se sirve otro y le acompaña.) A la tua salute. (Vuelve a beber, como quien tiene deseos de llegar cuanto antes a la borrachera.)
GAETANO: ¿Aspetabi gente?
CARMELO: ¿Pe qué?
GAETANO: Portaba due vicchieri.
CARMELO: ¡Ah! Sí, n'amico.
GAETANO: ¿Amico tuo? (Victorio ha ido por un vaso y espera silencioso que le sirvan. No le miran.)
CARMELO: Un amico in Dio. Un uomo. (Se sirve y bebe de nuevo.) Un

vendedore de Biblia. Amico, sai; nunca ma pedío ne tampoco un peso ne die centavo. Me lee su libro santo, me porta in leto e se ne va.

VICTORIO: Padrone.

CARMELO: ¿Qué voi?

VICTORIO: Un vicchieri.

CARMELO: (Sirviéndole.) E basta. (Mirando la botella.) Casi finita.

VICTORIO: Salute.

CARMELO: E va a donni. E tarde.

GAETANO: Mía hija esperaba.

CARMELO: (Deseando que se vayan.) Traela. Va. Traela.

GAETANO: (Desde la puerta de izquierda.) ¡Nuncia! ¡Nunciata! (Carmelo se sirve, pero no bebe, temeroso de emborracharse del todo y espera impaciente.)

VICTORIO: (Dejando el vaso) ¿Traigo otra botella?

CARMELO: No.

NUNCIA: (Por izquierda.) Buenas noches.

GAETANO: (Por bajo.) No diga nada. No habla.

GAETANO: Saluda, pero está chito. Después te asplico.

NUNCIA: ¿Y a qué me trajo?

CARMELO: ¿Qué mormura? Pasa.

GAETANO: Niente.

NUNCIA: ¿Cómo le va, don Carmelo?

CARMELO: Bene, benísimo. (Se sostiene en el mostrador. Duda antes de convidar. Al fin se decide.) ¿Un vicchieri de vino?

NUNCIA: No, señor.

CARMELO: Bueno, váyase.

NUNCIA: Pase buenas noches.

VICTORIO: Hasta domani, padrone.

GAETANO: Buona sera, cumpa Carmelo.

CARMELO: Buona sera. (A Victorio.) Prenda la luce del conventillo, e cierra la puerta. E apaga el zaguán. (Escucha. Oye el portazo del cuarto contiguo, se tranquiliza, se descarga del peso que lo agobiaba en presencia de los demás, bebe un trago, va a la puerta de calle, observa si la tranca está puesta bien, y si hay rendijas que puedan permitir ver desde afuera, y si en la habitación contigua hay alguien; y cuando se convence de su soledad, pasea a grandes pasos, tranquilo, con la vista fija en el reloj que marca las nueve de la noche.) Falta una hora; una hora larga pa llegá. Meno, sí, una media hora. Tutte la sera. E ne falta ne una. Del Cielo a la terra pa vederme; pa vedere a Carmelo Salandra; pe reparare na gran porquería; pe darne cuenta de una felonía. Una felonía que ma hecho. Se lo e detto en sua fachia. Así, como está vo ahora allí, e yo aquí: "Me habete rubato el figliolo; me habete cortato le bracie, le gambe, la cabeza. ¿Ee pe qué? ¿Qué te soy hecho? Io, un póbero laboratore... (Meditando.) Laborare, no... o stato male. Trabajaba ante, ahora no... lo que giusto e giusto. Cuesti mani sábeno lo que é il lavoro bruto; cueste coerpo sábeno lo que é il golpe de una bolsa a la espalda. ¡O pasado fame, claro que sí! Ma ahora, no. ¡Astuve male! Ma si no lavoro co la mano, lavoro col cervello. ¡No! Tampoco. Non pido a nessuno. ¡Sí! Eso sí; a nessuno. E gano onradamente el danaro, sí señó; robá a un ladrone no e robá. Tú, en cambio, me rubaste il mío figlio. Al mío póbero

Chicho. ¡E madona santa! (Quiere desesperarse pero no lo consigue. Se detiene sorprendido.) No poedo llorá má. Lo primero día lloraba a cada rato; a chorro; uno lagremone grandote, grandote así. E despoés aquí, a la hora que il póbero cayó, propiamente como se el diábolu me lo portara del infierno. (Recordando las voces del cuadro primero.) "¡Abrano! Abrano!" ¡La voce maledetta! Il Vendedore con so Biblia abierta. "Abrano. Abrano". Yo abro, e il corpo cade. E se acabó. (Desesperado por no poder desesperarse.) Ma ahora no poedo llorá má. ¿Qué sará? ¿Sará que el ser humano llora una ve, do, tres, dieci, ma dopo sa acostumbra a comprendé, lo que le parecía que no iba a comprendé nunca? Ma, a lo que no me poedo acostumbrá é a no vederlo má, a no sentirlo má. ¡Mi figlio! A no oire so voce a no darle plata. Hoy cien peso domane trecento... E a sentire orgullo co so parada. ¡Figlio mie benedetto! (Enfureciéndose.) Vo, vo me lo arrancaste así, como se corta una fló de un giardino. ¡Eh! ¿Qué pensá, que no va a pagá esa felonía? ¡La va a pagá! Tutta le sere va tené que vení acá, sul estrado de la mía giustizia. Como un mortale. (Ríe malignamente, y salta de alegría rabiosa.) ¡Bravo! (Se sirve de beber y bebe.) ¡Eco il grande! ¡Eco il tremendo Dio, chequetito, chequetito, avante el uomo ofeso! (Vuelve a reír, pero esta vez trágicamente.) ¡Oh! ¡La vendetta! (Corre al mostrador, saca de debajo de unos papeles una Biblia, la hojea.) Por aquí decía so libro: "No matarás". Me lo leyó el Vendedore. "No matarás". ¿E pe qué mata él, entonce? Yo también lo leído. Aquí. (Leyendo.) "Libro de Mateo. Libro de Mateo. Libro de Giovane, el apóstol. Versículo premero..." (Cierra la Biblia con rabia.) No comprendo nada, nada. Todo versícolos, todos libros. ¿Per qué no hizo un solo libro clarito, clarito, e nada más? ¡Viene acá co so Biblia! ¡Pronto se dice Dio! ¡Dio! ¿Qué e Dio? Uno oguale a nosotros... (Pensando.) ¡No! ¿E pe qué cuando sa presenta tremo tutto, non poso tampoco respirá? No puedo decirle cuando tengo que dirle. Lloro, eso, lloro e lloro, e sólo puedo decí: Dio mío, devuélveme a mío muchacho. ¡Sangue de la madonna! (Pensando.) Me habrá oído todo lo insulto; cuánta cosa le he dicho antes. Pe que yo lo insultato sempre. (Hincándose.) Perdona. Soy un pazzo. Un loco. Sa sopiese rezá te rezaría tutto il giorno. Gracie tanto porque viene a vederme, a consolarme dal mío dolore, a secare la lágrima de póbero disgraciado. Soy malo, lo soy pe que non so como debo essere buono. Se tú me lo dijera; se tú me dijera: "Carmelo, hace esto, hace aquello, y no haría má que lo que tú ordenase. ¡Dio mío! (Solloza.) ¡Dio mío! Gracie pe la tua presenza. ¡Viene a me! Viene a me ahora e sempre pero lo siglo de lo siglo hasta la hora de la mía morte. ¡Dio! ¡Dio! (Se apaga la luz. Carmelo, sobrecogido de espanto, gime, trémulo.) ¡Dio! (Seguido por una estela de luz, Victorio, vestido de Padre Eterno, tal como la imaginación popular lo viste: barba blanca, manto blanco, larga cabellera blanca. Avanza lentamente ante la mirada atónita de Carmelo que vuelve a hincarse, golpeándose el pecho con un fervor inesperado en él. El fantasma se detiene a distancia, sobre el foro, extiende la diestra hacia el hombro y espera su palabra. Se oye claramente la respiración afanosa del viejo y su voz que articula débilmente:) ¡Dio! ¡Dio mío! (En la puerta de izquierda, por donde ha entrado el fantasma, Gaetano observa atentamente, vigilando la escena. Detrás suyo Nuncia, con cara de susto, no obstante su evidente deseo de reír. El fantasma de Dios, ahuecando la voz y tratando de

infundirle autoridad, aunque sin borrar su dejo, habla:)

FANTASMA: ¡Carmelo Salandra!

CARMELO: (Con voz de falsete a causa de su supersticioso temor.) Presente.

FANTASMA: Siete un peccatore; siete un egoísta; siete un osorero.

CARMELO: (Gimiente.) Padre Eterno, acúsame cuanto te parezca; habete ragione. Favoriteme con la tua clemencia.

FANTASMA: La tengo pe te, Carmelo Salandra. Vengo a vederte su la terra, volando pel aire como un avione. Estó sin dormí. E lo hago solamente pe salvarte, mortale pecamenoso.

CARMELO: Me ne acuso. Díteme cuanto volete.

FANTASMA: Mezquenoso.

CARMELO: Me ne acuso.

FANTASMA: Osorero.

CARMELO: ¡Oh, Dio, e vero!

FANTASMA: ¿E pe qué?

CARMELO: Io non so.

FANTASMA: Parla co la tua mano a la conciencia.

CARMELO: ¿Podo parlare? ¿Podo decirte aquello que penso?

FANTASMA: Parla, peccatore.

CARMELO: Tú me hai datto danaro e no mai detto que dobeba fare co él..

FANTASMA: Menteroso.

CARMELO: Dite, dite qué debo fare.

FANTASMA: Farestes del bien.

CARMELO: Lo faró.

FANTASMA: Está al vostro servicio un bello giovane que se chiama Vettorio.

CARMELO: Despensá, maestá; e un giovanotto, ma non e bello, e bruto.

FANTASMA: Lo so; Vettorio e bruto, ma la sua ánima e bella. Sufre per que prechisa del danaro e tu sei osorero e se lo negaste. Dame tutto cuanto guarda in tasca.

CARMELO: (Rápido y temeroso.) Aquí está. Sono mile ciento cuarenta e ocho peso. (Gaetano tiene deseos de intervenir, desde la puerta.)

FANTASMA: Dejalo encima al mostradore. Cuando me vaya a ire, rezá golpeándote el pecho pa que yo salga tranquilo.

CARMELO: ¿Te ne vai? (Gaetano está a punto de gritar.)

FANTASMA: Antes tengo que ricomendarte a Gaetano; compá un amico tuo.

CARMELO: Padre Eterno, es un vigiario, e un birbante.

FANTASMA: Está zito, il vigliario sei tú; Gaetano e un bravo gentiluomo.

Precisa de la tua ayuda. E ahora la última parole. Io no podrá venire más.

Tutte la gente me chiámano e non poso estere in tutte le parte del mundo.

Sentite: te soy arrubato al tuo Chicho pe que lo precisaba al mío reino.

Calmati, está en la sua poltrona a la mía destra. Te mando in remplazo al

tuo nieto. Va a nacere pronto; será esteso como il tuo Chichilo. Osté debe

ir a esperarlo ajunto a la madre. Nuncia se chiama la mamá e la figlia de

compá Gaetano. Atiéndela, dale un poquito de plata e vaya a vivre co ella.

E ahora, reza, peccatore, que solo piangendo va a labare la ánima tua del

peccato. Ingincchiate... Io lo mando. (La voz de Victorio toma vuelo y su

continente ayuda a su palabra, cuando inesperadamente se enciende la luz y

aparece en el umbral el Vendedor de Biblias, pálido, convulso. Se supone

que ha oído las últimas palabras de Victorio, porque ha venido presintiendo la farsa.)

CARMELO: ¡Dio santo! ¡Dio misericordioso! (Carmelo queda paralizado, mirándole desmesuradamente. No comprende ni se explica cómo está ante sus ojos ese hombre y cómo están detrás suyo Gaetano y Nuncia. El Vendedor se acerca a Victorio. De una manotada le arranca la barba y peluca, le desprende el manto, y le aplica un sonoro bofetón. Queda el fantasma convertido en un mísero sujeto cubierto con un burdo manto, cargando sobre sus hombros la barba y la peluca. El infeliz Victorio, paralizado, sólo atina a juntar las manos en actitud de clemencia. El Vendedor se retira hacia la puerta izquierda. Carmelo, en pie, refleja en su cara la sorpresa infinita que le impresiona el alma; poco a poco un extraño arrebató que no se define más que en gruñidos se apodera de su persona. Esclarece la situación para sí. Salta sobre el dinero que ve en peligro, lo atrapa, lo guarda. Ahora es hombre otra vez, pero con todo el furor del burlado. Se acerca al falso Dios, como otro Dios vengador, grotesco, pero fiero, con las manos extendidas hacia la garganta del infeliz, que tiembla y gime. Lo atrapa, lo lleva contra la puerta del foro, va a estrangularlo contra ella. El cuerpo de Victorio queda en la misma posición que quedara el de su hijo, cuando lo trajeron de la calle. Y cuando va a consumir la obra, Gaetano, conocedor del alma de su paisano, al cual ha burlado y ofendido, grita:)

GAETANO: ¡Il tuo figlio! (Carmelo, como tocado por un resorte, deja caer sus brazos; circunstancia que aprovecha Victorio, Nuncia y Gaetano para disparar por izquierda. El Vendedor, hierático, contempla a Carmelo. En el suelo quedan las barbas del falso Dios, como vestigios de su grotesca bufonada. Carmelo da vuelta hacia el Vendedor. Roto, deshecho, da unos pasos hacia él y barbota:)

CARMELO: Tú, tú sei colpévoli. Tú sei colpábile. (El Vendedor le mira sorprendido.) Era il Dio mío; il mío Dio, e me lo rompiste. (Y como si en realidad se hubiese hecho el vacío en torno suyo, cae al suelo, sin conocimiento.)

Cuadro tercero

Habitación de Carmelo, contigua al negocio. Puerta a la derecha y una a foro. Pieza miserable. Una cama, sobre la cual el hombre ha vencido su fiebre. Baúles, unos armarios, una alacena para las cosas de la cocina, una percha para las ropas; un biombo que divide el rincón que fuera del hijo. Un sillón viejo comprado de ocasión sirve ahora para la convalecencia de Carmelo. Junto al sillón una silla que ha usado el Vendedor para velarle. Han transcurrido algunos días; los suficientes para

el restablecimiento del enfermo. Carmelo, que estará sentado en el borde de su cama, se levanta tambaleante. El Vendedor, que estará sentado en la silla, va en su ayuda.

VENDEDOR: Va a caer; está muy débil todavía.

CARMELO: No poso andare. Ayudame un poquito... (Va al sillón y se sienta.)

VENDEDOR: Ha hecho mal en levantarse. No tenía ningún apuro.

CARMELO: Tenía. Lo va a saber ahora.

VENDEDOR: Victorio, Gaetano y Nuncia, vendrán. A todos les he avisado. Podía hablarles desde la cama.

CARMELO: ¿Vendrán?

VENDEDOR: Sí. Victorio ha rondado la casa todos estos días. Se ha asomado a verle cuando usted deliraba. Está arrepentido.

CARMELO: ¿Deleraba? No, hablaba conmigo mimo. Una conversaciones que doró varios días. ¡Oh! Cuando termenó me soy sentido bien. Otro uomo. Ahora, sí. (Estallando de pronto en una risa convulsiva.) ¡Qué añorante! Vendedó, ¡qué añorante! ¡Vedeba a Dio! Me hace reí. E era el malcalzone de Vettorio. ¡Ja, ja! ¡Vettorio il Dios! ¡Ja, ja! ¡El Dio de Carmelo Salandra! ¡Me hace reí! (Quedándose serio.) Me hace reire. (Cambiando súbitamente.) Me fa esquifo. (Hace ademán de retorcerle el cuello, se muerde el dedo.) ¡Se tin garro fresquito, sin un vichieri incima, te lo digo io! (Como si lo tuviera delante.) ¡Eh! (Le escupe.)

VENDEDOR: ¿Lo ha mandado llamar para insultarlo? ¡Le va a hacer mal! No le conviene.

CARMELO: Perdoname. No lo poedo remediá. Me da risa, pero me acuerdo e me viene rabia. ¡Vigliaco! ¡E il suo cómplice, el caro compá Gaetano (Remedándole.) ¡Fachia de simio! "Cumpá Carmelo, ¿pe qué no me saluda? La mía figlia voglie salutare". "E, que pase". (Voz de mujer.) "Buena noche, don Carmelo". (Escupe.) Te pose morire.

VENDEDOR: No vale la pena que continúe así. Lo dejaré solo.

CARMELO: Tené paciencia. E il veleno que sale. Tengo todo el estómago lleno de veleno. Hay que largarlo. Lo estoy escupiendo desde ayere. No se vaya. Mirándote, comprendo aquello que debo fare. Sé qué debo fare. E tengo que estare tranquilo, sonreire. (Ríe forzadamente.) Merame cómo sonrío. ¡Je, je! ¡Vechio Carmelo esquefoso! ¡Eh! (Se remeda a sí mismo.) Vado a vedere a Dio. ¡Tomá el Dio! (Al Vendedor.) ¡Dio! ¿Tú crei que Dios es el de tua Biblia? ¡Pobreto! Me da lástima la vita tua. (Confidencial.) Dio non e aquilo de la barbeta, de la bianquería. Non e aquilo llorone del tuo libro santo. ¡Io so cual e il vero Dio! ¡Io so! ¡E tú lo sabrei! ¡Anque tú! Lo ho sabido in letto, parlando due día e due notte. Ma pe sabé donde está Diose... (Se calla.) Sa precisa habere recebido due bastonate seguido, como lo o recibido io. Seguedito, seguedito. Do gole sin tocá l'arco, ¡pláfate! (Serio.) La morte del figlio, e la burla de quiso miserábile. ¡Io so dónde está cuál e il Dio! ¡Ah! No soy más ñorante, no. ¡Basta! Se acabó il mondo. Mirame cómo esté tranquilo, e cómo sono sereno e maestuoso. (Lo dice sinceramente pero adopta una pose ridícula.) ¡Ecco il uomo nuovo! (Se oyen voces en la habitación contigua, en el negocio, y Carmelo se calla. El Vendedor, que le habrá oído, inmutable, se para, sabiendo quién es y para facilitar la entrevista.) ¡Il vigliaco! (Mirando en disculpa al Vendedor.) Que intre, sono pronto. Qué lástima no tené la

banda de música para tocá la marcha particolare. ¡Adelante, Vettorio! Avanti, pote pasá. No llora má. ¿Pe qué mostrare la tua bella facchia lacrimosa? Pasá.. (Victorio entra cohibido, anhelante, demacrado, como si fuese él el ofendido. Da unos pasos vacilantes y luego se hinca junto al sillón de Carmelo.)

VICTORIO: ¡Padrone!

CARMELO: (Ante la actitud de Victorio, se desarma; no sabe si pegarle o abrazarle; quisiera darle un fuerte tirón de pelos, pero se contiene.)

¡Arriba! ¡Arriba, dico! (Victorio obedece, pero no deponer su humildad.)

Pensaba que estaría anojado, ¿eh? (Victorio asiente.) ¿E qué me ha hecho vo, vamo a ve? (Victorio lo mira extrañado.) Te ha reído de un póbero imbechile. Está bene. ¡E lo ha hecho!... ¡Yo sé biene pe qué lo ha hecho! Si no foera pe eso, con esta mano, ¿la ve?... (Le sujeta del cuello.)

VICTORIO: ¡Padrone!

CARMELO: (Echando a broma el rencor que le invade, empieza a reír nerviosamente hasta que la risa se vuelve franca y contagiosa. El Vendedor ha hecho mutis por derecha. La risa de Carmelo contagia a Victorio y, al fin, éste empieza a reír, temeroso al principio, francamente después, por todo el tiempo que ha contenido su malignidad. Carmelo, mímicamente, le señala la barba, la cabellera larga, la indumentaria del Padre Eterno.

Victorio le sigue los gestos asintiendo gozoso.) Creía que venía del cielo come un zepelino, direchito, direchito; sen pará en ninguna estacione. (Ríe y Victorio le celebra su alegría.) ¿Del cielo? Ma figuraba que el cielo era un corralone co un portone grande. ¡Qué testone! ¿Ma dónde estaba ese cielo? ¿Dobe? ¿En una isla, en una nube, dobe? ¡Ñorante! Venía come uno zapelino e nadie lo via, ¿eh? ¡Qué anemale! (Vuelve a reír.) ¡Qué critino! (A Victorio.) ¿E pe dónde entraba?

VICTORIO: Pe aquí, padrone. (Señala la puerta de entrada al negocio.)

CARMELO: ¿Co barba e todo?

VICTORIO: Sí. (Ríe abiertamente. Carmelo lo mira furibundo, pero se contiene. Victorio no ve la transición.)

CARMELO: Ma viene otra ve la risa. (Remedando.) "Dale a Vettorio todo lo que precisa, tutto lo que tenga in tasca". E yo, fuquete, fuquete, lo deajo al mostrador. Así. ¡Oh! (Confidencial.) ¿E lo iba a agarrá vo?

VICTORIO: E claro que sí. (Ríe. Carmelo, de mala gana, ríe también; de pronto corta en seco la risa, toma entre sus dos manos la cabeza de Victorio y se la muerde. Este pega un aullido y se para. El viejo, que no ha querido hacerle mal, no obstante su rencor, se incorpora, lo atrae hacia sí, lo besa y lo echa a un lado. Victorio lo mira estupefacto.)

CARMELO: Se acabó. No se acuerde má. Pero sepa que esté no ha engañado a Carmelo Salandra. ¿So el Padre Eterno tú?

VICTORIO: No.

CARMELO: ¿E io?

VICTORIO: Tampoco.

CARMELO: Pero tú pudiste sere el Padre Eterno mío. E io poedo essere il Padre Eterno tuo. ¿Qué quiere decire esto? Que tú sei Dio; que io sono Dio, que tutti lo uomini pósito essere Dio. E que sonno Dio. ¿Capisce? No, bueno, basta. Algún día comprenderá. (Por derecha entran Nuncia y Gaetano; éste falsamente cohibido, aquélla decidida y sin temor.) Bravo. ¡Il nostro compá Gaetano! (Frunce el ceño.) Tú, no; ¡ah!, no. Tú sei l'anima nera de

esta vigliaquería. ¡Ladro! (A Nuncia.) E il vostro padre pero e preciso dirlo. (Por Victorio.) Tú sei la vigliaquería chaquetita, meserábile; tú (Por Gaetano.) la mala intencione, la malignitá. Eso. (A la muda protesta de ambos.) Queriano arubarme; ponerme lo grillo; llevarme atadito, a la tua casa y quedarse al negocio, para rubá junto, lo do insieme. ¡Oh! conozco la historia. Me la contó un pacarito. (A Gaetano.) ¡Simio colorado! ¡Simio cola pelada! Merate a uno espejo e te va a reí vo mismo. (Sañudo.) E bene. No va a tené necesitá de rubá má; ne tú de hacere el payaso. Lo do quédano doeño del negocio. (Los dos le miran sorprendidos sin dar crédito a lo que oyen.) Lo do, sí; doeños del negocio de Carmelo Salandra. Le escribí al vidrio "Joyería e Relojería El Vesubio, de Vettorio Tortoriello e Gaetano Spadaforte". E abaco, chaquetito para que no lo lea la gente: "Ladronería. Se asasina a domecilio." (Incrédulos, siguen mirándole.) Parlo en serio. Carmelo Salandra, coando da, da veramente. (Intenta hablar.) ¡No! Se hablase una sola parola, una sola, ¡pe Dio!, no te doy nada e ta strangulo. ¡Fora! (Los dos dudan.) ¡Via! (Nuncia inicia el mutis. Carmelo la detiene.) Tú, no.

NUNCIA: ¿Se siente mal?

CARMELO: Gracie. (Respira. Toma fuerzas, acaricia la mano de Nuncia.) Gracie. Siete bondadosa. Lo sabía; no ma equivocaba. Sentate.

NUNCIA: Estoy bien así. ¿Quiere agua?

CARMELO: No, sentate. (Nuncia obedece.) Il mio caro Chichilo, sabía elegire. Era no poco impulsivo, no poco loco, pero te quería al principio, despoés... (Ahuyentando el recuerdo.) Lo que pasó, pasó. Tú tambiene lo quisiste, lo so; e despué lo odiaste. Yo non te voleba bene per que no le querías más; querías casarte co él, nada más. (Sintiéndose comprendida, adivinada, Nuncia calla y baja la vista.) ¡El casamiento sen cariño no vale la pena, figlia mía! Mejó pa vo que ha moerto. (Dolorido.) Pe me, no. Co él, morió la vita mía. (Suspira. Reacciona en seguida.) Ahora e una alta cosa. (En serio.) Merame a la cara, me cara de vecchio; la tua que e bella como una madonina. Tú no debe esere asasina. (Ella lo mira asustada.) Tú voleba sacare il figlio del tuo ventre. Il padre tuo, no quiso que lo hiciera por sacarme el danaro a me, co il nietecito. Lo so. (Nuncia empieza a lagrimear.) Ahora él tiene lo que quería e te va a obligare que tú sacrifique esa vita que Dio te mandó. Ma tú no debe farlo. La mujé nace pa parí. No è un deonore parire. Giúrame a la memoria santa de aquilo pobereto que te quiso on día, respetá esa vitta hasta que nazca. (Nuncia solloza.) ¡Giúralo!

NUNCIA: (Balbuciente.) Lo juro.

CARMELO: ¡Basta! Suficiente. Coando venga al mondo, so presencia lo difenderá; tú misma lo salvará. Matare una creatura viva co cara de ángelo e piu difficile, se precisa l'ánema nera; e tú no la tene. E ahora el segreto, il vero segreto per lo do. (Confidencial.) Chicho era rico; yo lo hice rico, coestas manos puerca, co esta concencia bruta del vecchio Carmelo osorero. Tutto, tutta la sua fortuna é del suo figlio. (Sacando una libreta y papeles como escrituras.) Toma. Todo in ordine. Libreta, escreturas, la mía cesione totale. Lo soy hecho in secreto pe que así debe esere.

NUNCIA: (Llora emocionada.) ¡Mi hijito!

CARMELO: ¡E ahora vattene! Estate atenta del tuo padre e nada má. Hací de

la tua vita quize que te piache, ma coedando del tuo figlio, que será la tua gioia. E nada más. (Parándola.) Vattine. Iate.

NUNCIA: (Queriendo abrazarle.) ¡Don Carmelo!

CARMELO: (Rechazándola suavemente.) ¡Niente! Va. Ma conozco. Sa me hace comprendere que o hecho una macana, ta quito todo, e no quiero ma nada. ¡Solo!

NUNCIA: Así... sin besarlo.

CARMELO: (Besándola rápidamente en la frente, como quien en realidad no está acostumbrado a besar a nadie.) ¡Va! (Vuelve a él el furor de toda su vida.) ¡Va! (Nuncia sale sin decir palabra. Carmelo va a su rincón, saca de entre unos trapos un viejo sombrero, se lo pone, mira su cuarto de tantos años, al cual abandonará para siempre; se acerca al rincón del hijo, le tira un beso, se enjuga una lágrima, va a hacer mutis, cuando por derecha entra el Vendedor de Biblias, con sus libros bajo el brazo. Carmelo lo mira, comprende la muda pregunta y le responde.) ¡Estoy líbero! ¿Me comprende? ¡Líbero! O datto tutto aquello que tenía. ¡Tutto! (El Vendedor lo mira inmutable.)

VENDEDOR: (Como si leyera en la Biblia, que sabe de memoria.) "Si trajeras tu presente al altar y allí te acordares de que tu hermano tiene algo contra ti, deja allí tu presente delante del altar y vete, vuelve primero en amistad con tu hermano y entonces ven y ofrece tu presente". (Al terminar la frase se oye una violenta discusión en la pieza contigua. Victorio y Gaetano pelean.)

GAETANO: Ah, no, capetale oguale, soeldo eguale. ¿Pe qué tú va a sacare má que yo?

VICTORIO: ¿E tú sabe trabajá de relojero, de joyero?

GAETANO: ¡Ma qué trabajo! ¿Osté cree que me engrupe? Te do así co esto tacho inte cuccuza.

VICTORIO: ¿Piguiarme a me?

GAETANO: Sí. ¡A te! E basta.

CARMELO: (Sonriendo.) So libro lo escribió un santo, no un uomo. Yo, no llevé el mío presente l'altare; lo llevado al inferno, se lo dato a lo diablo. (Riendo.) ¿Sentite? Se vano a comere la cabeza. Querían plata. Ahora lo tíeneno e son ma desgraciados que ante.

VENDEDOR: ¿Pero entonces usted la ha dado por egoísmo? ¿Quiere acercarse a Dios con egoísmo?

CARMELO: La gente non quiere a Dio; quiere la plata. Io no preciso ma la plata porque voglio a Dio.

VENDEDOR: ¿Y dónde lo va a buscar?

CARMELO: A la sua casa, (Señalando el corazón.) Muy adentro. Pa encontrarlo se precisa andare tutta la vita cosí, como voy ahora: líbero, solito, sen nada. Ahora sí, Vendedore, que voy a vedere a Dio.

(Se detiene, cruza por su cerebro el recuerdo de su vida, la figura del hijo, su dolor... Está a punto de llorar; detiene sus lágrimas a fuerza de voluntad, quiere silbar, no puede, ríe al no poder hacerlo; al fin desiste y, canturreando a boca cerrada se aleja, saludando con la mano al Vendedor que lo mira sin comprenderlo del todo, pero adivinando su gesto. Con ese saludo displicente, en apariencia, quiere restar importancia a su partida, pero su intención sería abrazar al hombre aquel y llorar sobre su pecho. La figura grande y encorvada del viejo se aleja lentamente hacia la calle,

mientras baja el telón final).

2009 - Reservados todos los derechos

Permitido el uso sin fines comerciales

Súmese como [voluntario](#) o [donante](#) , para promover el crecimiento y la difusión de la [Biblioteca Virtual Universal](#) www.biblioteca.org.ar

Si se advierte algún tipo de error, o desea realizar alguna sugerencia le solicitamos visite el siguiente [enlace](http://www.biblioteca.org.ar/comentario). www.biblioteca.org.ar/comentario

